



El Monasterio de Leire.



UNA GLORIA EXTINGUIDA

ó

EL MONASTERIO DE LEIRE.

RECUERDO HISTORICO,

*dedicado á la Excm. Diputacion foral y provincial
de Navarra*

POR

D. Valeriano Valiente y Perez,

COMENDADOR DE LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL
LA CATÓLICA.



PAMPLONA:

IMPRENTA PROVINCIAL,
á cargo de V. Cantera.

1881.



*A la Excm. Diputacion feral y provincial de Navarra en testimonio de
alta consideracion y respeto.*

Excmo. Sr.:

Si es una inconcusa verdad reconocida por la observacion, que la influencia aniquiladora del tiempo destruye las inscripciones que el buril traza en los bruñidos bronce y el cincel esculpe en los duros mármoles; si es cierto que el incesante azotar de los elementos derrumba los gigantesos peñascos y vence la proverbial resistencia de la granítica roca, no es ménos evidente tambien, que ni los rigores del tiempo ni la violencia de los elementos pueden borrar jamás la gratitud y demás bellos sentimientos que atesora un corazon hidalgo, y ménos, cuando este late al ardoroso impulso de la noble sangre que circula por la raza que puebla el solar euskaro.

Por esto, al visitar no há mucho el apartado rincon de Leire y encontrar convertido en ruinas el Monasterio donde se meció la cuna de nuestra libertad é independendia durante el aciago período de la reconquista; al ver reducido á escombros el monumento donde la piedad y patriotismo de nuestros antepasados depositaran los restos mortales de sus escelsos soberanos, no ha podido ménos de resentirse acerbamente nuestro amor hácia las glorias provinciales y derramar una lágrima de dolor por el injustificable olvido en que yacen reliquias tan venerandas y recuerdos tan gloriosos.

Olvido, debido quizás en nuestro entender, á las horribles tempestades que en hora menguada se han venido fraguando en el caliginoso horizonte de la política española para desencadenarse despues furiosamente sobre todos los ámbitos del territorio vasco-navarro, con sensible detrimento de sus intereses morales y menoscabo de la prosperidad y bienestar material de sus laboriosos moradores.

Injusto por demás seria, pues, E. S., atribuir tanta devastacion al móvil funesto de la ingratitud, porque esta, harto sabido es, nunca se

anidó en el generoso pecho de los hijos de la antigua Vasconia, y pensar de distinta manera, es desconocer completamente el caballeroso carácter del pueblo navarro y las envidiables cualidades que le enaltecen; es inferir un agravio, una innmerecida ofensa á un pueblo que tiene por sus mejores timbres la hidalguía, franqueza y firme adhesión á las patriarcales tradiciones que le legaron sus mayores.

A que V. E. se digne prodigar una mirada cariñosa hácia el que fué panteon de nuestros esclarecidos reyes y sede pontifical de los obispos de Navarra, tiende el desaliño de estas breves líneas, aspira este pequeño Recuerdo histórico, que el que suscribe tiene la alta honra de dedicar á V. E., que si con su maternal solicitud se sirve acoger bajo su protección para que vea la luz pública con el laudable fin de difundir algun conocimiento acerca de la suma importancia que Leire gozó en pasados siglos, será motivo de eterna satisfaccion y reconocimiento por tan singular fineza, y el más preciado galardón que anhelar puede.

Dios guarde dilatados años la preciosa vida de V. E. para égida del pueblo de quien es su más fiel y genuina representacion.

Lumbier 1.º de Noviembre de 1880.

EXCMO. SR.:

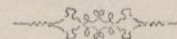
Valeriano Valiente.



A los augustos manes de los fundadores del antiguo Estado vasco-navarro.

*Vosotros, que desde las eternas
e ignotas regiones del infinito, velais
por la prosperidad del pueblo que tan
sábiamente registréis en remotas edades,
recibid esta sincera expresion en testi-
monio de religiosa veneracion y del
más profundo respeto.*

EL AUTOR.





SUMARIO.

- I. La Sierra de Leire.
 - II. Las ruinas del Monasterio.
 - III. Origen y grandezas de Leire.
 - IV. Los Monges negros y los Monges blancos.
 - V. Leire como panteon de los reyes de Navarra.
 - VI. Algunos rasgos biográficos.
 - VII. Conclusion.
-



I.

LA SIERRA DE LEIRE.

Al Este de la noble y leal provincia de Navarra, límite al antiguo reino de Aragón, la superficie terrestre debió sufrir una conmoción tan terrible allá por los tiempos genéticos, que desde luego quedó erizada de imponentes montañas y surcada de angostos barrancos é insondables precipicios.

En dirección de Este á Oeste y entre un laberinto de alturas insalvables pero de una misma constitución y origen geológicos, se levanta la renombrada Sierra de Leire, que no es más, que una derivación, un ramal, una de las últimas estribaciones del pirineo Roncal, que viene á terminar sobre la confluencia de los ríos Salazar é Irati en la jurisdicción municipal de la villa de Lumbier.

Desde lejos, la cumbre de esta Sierra, parece guarnecida de soberbias é irregulares almenas; simula la barbacana de una fortaleza feudal en completo estado de ruinas; tales formas ofrecen los grandes dentellones y las peladas crestas de sus abruptas rocas.

Cuando el sol poniente lanza sus postreros y rojizos fulgores á la hora del crepúsculo en un día sereno y apacible del mes de Setiembre, los peñascos que coronan la Sierra, se tiñen de una coloracion cobriza, toman un aspecto fantástico, que al reflejarse en las tranquilas aguas del rio Aragon que lame sus escarpadas faldas, producen un efecto mágico y revisten el paisaje de un tinte melancólico con cierto aire de poético y religioso encanto.

El invierno no deja igualmente de prestarle las gélidas bellezas que caracterizan la estacion de los hielos: cuando el soplo del cierzo apaga los últimos ardores de la vida vegetativa y el ampo de la nieve cubre sus breñas desnudas del verde y aterciopelado musgo, parece que la Sierra se rebuja en los pliegues de un inmenso y fúnebre sudario; ni una flor matiza con los pintados pétalos de su corola tan blanca y mullida alfombra; la arboleda desnuda del tupido indumento con que le vistiera la risueña primavera, se muestra triste, esqueletada y su ramaje festoneado con los delicados primores de la escarcha; las alondras no lanzan sus melodiosos gorgoros al remontarse en la infinidad del espacio, y hasta el silencio del bosque tiene algo de sublime, algo de majestuosa grandeza.

En los Alpes Suizos se deben admirar con frecuencia perspectivas semejantes á las que incorrectamente acabamos de trazar. También en algunos cromos que hemos tenido ocasion de ver, nos ha hecho comprender el dibujo, que el estro pictórico del artista se ha inspirado en rasgos de este género. Son cuadros magníficos que deleitan la vista del espectador,

cautivan la atencion de los amantes de la naturaleza y hablan elocuentes á la imaginacion y sentimiento de esos seres predestinados para gozar las seráficas delicias de la vida contemplativa.

No nos sorprende, pues, que el hombre despues de haber bogado largos años por el proceloso piélago de los más insensatos y enervantes placeres, despues de ser liviano juguete de las más aviesas pasiones y tras de ver agostadas en flor las ilusiones de una vida sembrada de azares y locuras, se vea insensiblemente atraído por una soledad que sublima su espíritu hasta las etéreas regiones del infinito y calme la ardorosa agitacion de su alma atribulada por el excepticismo y la indiferencia con el suave lenitivo de la paz que reina en el yermo y la tranquilidad que se respira en los desiertos.

Sentado el observador sobre uno de los riscos de su acantilada cumbre, la exhibicion panorámica que se desarrolla ante su vista no tiene rival por lo bella, por lo variada y por la vasta extension que abraza. Desde las montañas de Jaca que se levantan al Oriente, veladas por densas y azuladas brumas, hasta la basilica de Ujué que descuella en último término por Occidente, bajo un cielo diáfano y riente, la mirada se hunde en las profundidades de un horizonte inmenso, anhelando abarcar los últimos detalles de espectáculo tan grandioso.

Un suelo accidentado por las elevaciones y depresiones de mil barrancos y montañas, y esmaltado de infinidad de pueblos que tranquilamente vegetan á la sombra de sus cerros y colinas; el rio Aragon serpenteando por entre las anfractuosidades del ter-

reno á grisa de monstruoso crótalo y acompañado de su satélite la carretera que desde Liédena se vá desenvolviendo ondulante cual blanca faja, hasta terminar en el establecimiento balneario de Tiermas; Javier con su palacio feudal, casa natalicia del gran Apóstol de las Indias; Yesa y Liédena, cercadas de pujantes viñedos; la ciudad de Sangüesa que se columbra como en esbozo allá á lo léjos, bañándose en las aguas del Aragon, cual vaporosa y juguetera ninfa, ostentando sus elevadas torres, su esbelto puente, y sus feracísimos huertos sombreados por las copas de los olivos y por mil y variados frutales, y el águila del Pirineo que se mece tranquila en la region de las nubes acechando al ligero cabritillo que paze los tiernos tallos de los espinos y los brezos, todo contribuye á que los momentos pasen fugaces y los instantes crucen veloces al que tiene la ventura de gozar tanta belleza.

¡Cómo quedaron embargados los sentidos en las breves horas de nuestra estancia!

Si el observador rendido de tanta impresion replega la vista para dirigirla hácia sus piés, encontrará que el terreno en su principio se halla cortado casi perpendicularmente para declinar luego de un modo suave hasta confundirse con las espadañas y juncales que reverdecen en las orillas del Aragon; los árboles y arbustos brotan por do quiera; el tomillo, el espliego y otras plantas de la familia de las labiadas embalsaman el ambiente con el aroma de sus flores; en las hendiduras y oquedades de las peñas arraigan la sabina, las saxifraga y raquíuticos enebros: un bosque de seculares encinas, de vigo-

rosos fresnos, de corpulentos robles y algun tilo, cubre de verdura la áspera ladera de la Sierra, y del fondo de tanta espesura, se levanta triste como un recuerdo, enérgica como una protesta, amenazadora como una esfinje la gigantesca y carcomida mole, el dermo-esqueleto del monumento más grande que honró á Navarra durante los agitados tiempos de la restauracion, las venerandas ruinas del monasterio de San Salvador de Leire.

II.

LAS RUINAS DEL MONASTERIO.

En la vertiente meridional de la referida Sierra, cercados de añosos olmos y arces campestres, se elevan los colosales murallones de un edificio que por la solidez, grandeza y elegancia que alardea, revela desde luego que su construccion fué debida á una comunidad religiosa, rica y opulenta, y patrocinada por la influencia omnimoda de monarcas modelos de piedad y en extremo poderosos.

Su forma se acomoda perfectamente á la de un cuadrilátero rectangular; el frontis principal dá al mediodía, donde en sus buenos tiempos se hallaban instaladas la portería y las cuadras, y por donde mediante tres órdenes de anchurosas ventanas, se esparcia la radiante luz del dia, en el interior de sus numerosas y espaciosas habitaciones; en el lado que mira al Oeste, se destaca en primer término, el pre-

cioso pórtico de la iglesia, elucubración arqueológica de notable mérito que el curioso se arroba entusiasmado contemplando horas enteras los minuciosos trabajos y delicados detalles que supo labrar el artístico cincel; es un valioso joyel de arquitectura románica perteneciente al siglo XIII, y que nuestra Excm. Diputación, fiel guardadora de las riquezas provinciales, debe conservar eternamente, cueste lo que cueste; al Norte y Este, la construcción matriz sirve de hincapié al salón donde se reunió el Concilio el día 21 de Octubre de 1022 y á otras construcciones de más moderna fecha destinadas á dependencias y desahogo de la pacífica comunidad.

Penetrando en aquel murado recinto, no tarda el visitante en experimentar los desagradables efectos del más cruel desengaño: la decepción es grande y la desilusión completa; el genio de nuestros augustos soberanos no agita ya sus alas protectoras sobre aquellos vetustos sillares; ni una celda, ni una escalera, ni un trozo de claustro quedan en pie; algunos ruinosos arcos y paredones se sostienen todavía amenazando desplomarse de un momento á otro é indicando los departamentos interiores; todas las habitaciones y las diversas dependencias se hallan sin pavimento y sin techumbre; solo en la que sirvió de refectorio campean dos escudos de armas en regular estado de conservación, ostentando el del testero el lema *Gloria Libani—Data estei* y el del opuesto frente *Decus in armis*.

La devastación y abandono han convertido aquellos mudos testigos de nuestras grandezas en un montón de escombros, dando lugar á que germinen entre

estos, infinidad de plantas, en su mayor parte de textura herbácea; los yezgos, el sauco, la dulcamara, y preciosos ejemplares de atropabelladona, crecen en abigarrada confusión por todas partes; el rosal silvestre, la bardana, los alelís amarillos, la clematides vitalba y las zarzamoras entrelazadas inextricablemente sirven de valla é interceptan el paso del curioso al espacioso patio de la media luna, donde se solazaban los monges en los buenos días de su arraigada preponderancia y fabuloso valimiento.

No parece, sino que ruborizada la previsora naturaleza al contemplar tan miserable desnudez, se ha servido cubrir aquellas ruinas, aquellos girones haraposos, con el verde ropaje de una vegetación exuberante, ó que pretendiendo tributar un homenaje de respeto y eterno recuerdo al panteón de nuestras glorias ha tejido compasiva una guirnalda de gayas flores con que honrar la memoria de las ilustres cenizas que yacen sepultadas bajo el polvo de aquellos olvidados despojos. ¡Por desgracia, no ha sido tan deferente el hombre!

Si desde lo que fueron soberbios claustros, nos dirigimos á la iglesia (hoy destinada al culto por obra y celo de la Comisión provincial de monumentos, y de la actividad desplegada por D. Hermenegildo Oyaga, digno y virtuoso sacerdote, cuyo nombre aprovechamos la ocasión de hacer público, siquiera sea vulnerando su reconocida y nunca desmentida modestia) pronto nos convenceremos que su obra se inspira en dos épocas bien distintas y obedece á las leyes de diferentes estilos arquitectónicos. La cripta,

panteon ó iglesia primitiva como quieren algunos historiadores, sirve de basamento á las tres naves de que consta la iglesia principal en la parte correspondiente al altar mayor, pues la restante no ofrece más que un solo buque.

La cripta es la parte que con justicia más llama la atencion de los inteligentes y de cuantos visitan el histórico monumento, pues las columnas de cincuenta ó sesenta centímetros de fuste, sin más pedestal ni base, arrancan del pavimento para sostener los arcos sobre que descansa la masa más pesada de la fábrica.

En esta capilla subterránea desprovista de toda ornamentacion y de una lóbreguez espantosa, existen dos altares pequeños, dedicado el uno á San Babil, y en el otro se rinde culto á un crucifijo de remota antigüedad y de no muy clásica escultura; gracias á la impericia del artista constructor, resalta en esta imágen una particularidad digna de notarse que le reviste de un carácter imponente á la vez que repulsivo; los surcos fisiognomónicos se encuentran borrados, el cuello aparece sumamente corto, los huecos ó depresiones supra é infraclaviculares no existen, el pecho y vientre se presentan abultados, de aquí, el que examinándole detenidamente á la luz artificial se advierta alguna semejanza con el cadáver de un jóven vigoroso, pero que los primeros fenómenos de la descomposicion orgánica visiblemente manifiestos, han entumecido sus formas varoniles; es una escultura que sus imperfecciones le dan cierta originalidad que le recomienda.

A la izquierda de este altar desnudo de toda

decoracion se hallan esculpidos en la pared el nombre y la fecha siguientes:

MATÍAS SALINAS.—Año 1729.

Una corta y cómoda escalera, que en nuestro humilde concepto debe desaparecer, porque lo mismo deslucen la iglesia que la cripta, pone en comunicacion á esta con aquella; la iglesia, como dejamos transcrito más arriba, se compone de una sola y vasta nave, salvo el tercio superior que se divide en tres, de 29 metros de longitud por 14 metros de latitud y con el coro en el centro; tres retablos ornan la pared lateral izquierda entrando por el pórtico; el primero es erigido en honor de la Santísima Virgen de los Remedios; en el segundo es donde se conserva el arcon que contiene los mortales despojos de los reyes de Navarra (que por cierto, es un altar que indica bien poco en favor de la piedad de la actual generacion; ¿tan exiguos son los recursos de la fértil provincia de Navarra, tanta la incuria de sus hijos hácia las glorias de sus mayores, que no pueden labrar con el jaspé de sus canteras, un pequeño sarcófago, una urna cineraria donde eternamente y con decencia descansen las cenizas de los Aristas y Abarcas, de preclara é imperecedera memoria para el pueblo navarro?); y el tercero está consagrado á las mártires Santa Alodía y Nonila.

En la pared lateral derecha, no se encuentra mas que la sala del Capítulo, abandonada y exhallando hediondez, y no se venera otro altar que, el de San Bernardo, en un excelente estado. El retablo

que ostentaba el Altar mayor, en tiempo de los religiosos, se halla en la villa de Burgui; habiendo sido reemplazado por un precioso lienzo de vivo colorido y correcto dibujo, que representa la Sagrada familia, en la actitud más cariñosa é interesante, y en los testers de las naves laterales se conservan, aunque con algunos desperfectos, los dedicados al martirio de San Estéban y á San Juan Bautista; son bajos relieves de sobresaliente mérito escultural, tallados en madera sin dorar, con columnas estriadas y capiteles de orden corintio. La sacristía espaciosa, con buena luz y con el mismo aguamanil que servia en otro tiempo para las abluciones de los celebrantes.

Con la ley de exclaustación promulgada el año 1835, enmudecieron para siempre los acordes del majestuoso órgano; los torrentes de suaves armonías, dejaron de inundar el espacio de sus vetustas naves; cesaron los cánticos sagrados de los monges y la ferviente plegaria, este perfume que exhala el alma del creyente en los momentos de ascético recogimiento, dejó de volar á la celestial mansion en alas de la fé; sólo el graznido del cuervo, el ladrido del mastin y los golpes que el leñador descarga con la segur son los sonidos que interrumpen el silencio de aquel apartado desierto.

Fuera del convento y como á unos cien metros hácia el Oriente, se extiende el paseo de los olmos, que concluye en la Fuente de las Vírgenes, copioso manantial de fresca y cristalina agua, donde los frailes hacian el lavado de sus cogullas y surtia con abundancia á las necesidades de la casa.

¿Nos ocuparemos del tradicional sueño del glo-

rioso San Viril, adormecido por espacio de doscientos años bajo la influencia sobrenatural de los cadenciosos trinos de un inocente pajarillo y cuya mística escena se halla representada hábilmente en uno de los lienzos que decoran las paredes del salon del Concilio? No existe documento alguno que se halle de conformidad con la popular narracion; hasta los mismos monges desecharon últimamente tal conseja. Sin embargo, todavía se conserva á unos quinientos metros del Monasterio, en lo más fragoso del monte, una fuente en cuyas inmediaciones, se asegura tuvo lugar el seráfico arrobamiento.

III.

ORÍGEN Y GRANDEZAS DE LEIRE.

Son tan pálidos los reflejos que arrojan las crónicas respecto al origen del célebre Monasterio de San Salvador de Leire; son de tan débil intensidad las luces que vienen á iluminar nuestras investigaciones acerca de este renombrado monumento, en otro tiempo *Corte y corazon de Navarra*, segun feliz expresion del rey D. Sancho IV el mayor, que si bien es cierto nos hallamos en la imposibilidad de fijar con entera exactitud histórica una fecha reconocida que atestigüe su problemática génesis, podemos aseverar, sin embargo, con los mayores visos de verisimilitud que, su fundacion es tan antiquísima que se pierde en los tiempos nebulosos de la dominacion

goda (tal vez desde el reinado de Recaredo, año 581), y fué debida quizás, á la piedad de algun venerable obispo coetáneo de aquella época de incesante lucha, de verdadero pugilato entre godos y vascones.

Algunos historiadores, en su mayor parte de recomendables conocimientos históricos, se remontan en sus apreciaciones referentes al asunto en cuestion, hasta el año 574 de la era cristiana, es decir, 136 años ántes de que los caballos de Tarik hollasen con sus aferrados cascos los ricos pensiles de la antigua Bética; y si bien otros de no ménos digno crédito, discrepan en cuanto se relaciona con esta fecha memorable en los fastos de nuestra historia pátria, no obstante, todos reconocen como una verdad histórica inconcusa, que su fundacion data desde muchísimo ántes que sobreviniese en España la gran catástrofe del Guadalete, puesto que por varios documentos de notoria autenticidad pertenecientes al siglo IX que todavía se conservan en nuestros archivos, lógicamente se deduce su ereccion algunas centurias anteriores, viniendo á robustecer nuestra pobre opinion la consideracion de que San Marciano, obispo de Pamplona, que floreció en la época turbulenta de la invasion árabe, fué enterrado segun testifican los escritos y la tradicion en San Salvador de Leire, prueba convincente, entre otras que podriamos aducir, que justifica la existencia del mencionado Monasterio y su ya reconocida importancia, cuando en las citadas edades se hallaba constituido en panteon de varones tan ilustres en dignidad, saber y santidad como lo fueron San Marciano y otros muchos de no inferior gerarquía y virtud.

Queda sentado, pues, con estas breves reflexiones, que la primera época de San Salvador de Leire, que la infancia de esta santa casa se desliza oculta y silenciosa bajo las impenetrables sombras de remotos tiempos, y que apesar de las mil dificultades de que se vé envuelto este punto histórico para su completo esclarecimiento, todas las probabilidades conspiran y con razon en favor de las ideas que dejamos emitidas. Pronto veremos ahora, que los primeros arreboles de su pasada y extinguida grandeza coinciden con los primeros combates con que se inauguró nuestra restauracion nacional.

En efecto, la España goda con toda su civilizacion germánica habia sucumbido de la manera más trágica y desastrosa sepultando entre sus ruinas religion, pátria y monarquía; los vicios más nefandos de que adolecen los pueblos cuando caen en la abyeccion, cuando llegan á la última etapa de la degradacion y decadencia moral habian minado marasmódicamente su organizacion social hasta el punto de no poder resistir el fiero empuje de los ejércitos de Muza que cual asfixiante simoun se arrojaron sedientos de conquista desde las ardientes playas africanas á las siempre codiciadas y ricas costas de Andalucía; el trono de los Recaredos y de los Wambas, manchado con el bodrio de los vicios que le inocularon reyes de execrable recordacion como Witiza y Rodrigo, se habia hundido para siempre en las cenagosas arenas del Guadalete, sirviéndole de fúnebre sudario el estigma de la historia, la maldicion eterna de un pueblo siempre heroico, y de losa sepulcral setecientos años de la epopeya más sangrienta que ha presenciado la

humanidad; el leon de Castilla enervado por la letal influencia de aquellos tiempos de ultra-desmoralizacion y libertinaje; flaco y macilento dobló su cerviz á las pesadas cadenas del opresor; las catedrales que hoy como ayer son la admiracion del artista y del arqueólogo al par que el severo y majestuoso templo de nuestro Dios, quedaron bárbaramente violadas y convertidas en otras tantas mezquitas donde las sublimes salmodias cristianas fueron reemplazadas por los versículos del Koran que se recitaban bajo sus soberbias cúpulas y la cruz que gallarda remataba la aguda flecha de sus torres góticas, pronto vino á ser sustituida por la media luna, símbolo alegórico de que siempre hizo vana ostentacion la dominacion musulmana; los califas de Córdoba ensoberbecidos con la opulencia sultánica de que se veian rodeados, no tardaron en declararse en abierta rebelion con las metrópolis de Damasco y Bagdad, haciendo de su córte faustuosa el emporio de las ciencias, de las artes y de la industria; brotó la Alhambra, esta filigranada joya engastada en la vega de Granada, esta preciosa maravilla de arquitectura árabe, á la sombra de los mirtos y rosales que florecen en las riberas del Darro y de las frondosas alamedas y bosques de azahar que festonean el Genil; y en España todo fué árabe, todo tomó un colorido verdaderamente oriental; todo sucumbió á los rudos golpes de la cimitarra agarena, solo los escuetos picachos del Pirineo quedaron incólumes en medio de tanto oleage, solo estos quedaron enhiestos en medio de aquella conflagracion universal desafiando con su indomable valor todo el poder de las hordas africanas; solo las descarnadas crestas de

4 hojas mas adelante

guna manera pretendemos inquirir, dada la índole de este escrito, pero que no dudamos debieron ser poderosas), cuando la primitiva se hallaba en el apogeo de su influencia y poderío, no pudo ménos de traer lógica y necesariamente en pós de sí la más anárquica confusion, el más caótico desórden en aquel silencioso retiro y un choque titánico entre ámbas comunidades en el que entraba por mucho y fomentaba el fuego de la discordia el apasionamiento más ó ménos interesado de parte de reyes y pontífices, de obispos y deanes, de grandes y pecheros, y sobre todo los hondos trastornos que tuvieron lugar en el reino con motivo de la menor edad de D.^a Juana I.

Fatales disidencias, sostenidas setenta y un años, por elementos de gran potencia y valimiento con menoscabo de los intereses piadosos y materiales, que en verdad, nada ganaron en la contienda y sustentadas con detrimento de la historia provincial, que posteriormente hemos tenido ocasion de observar, mutilada por la pérdida de curiosos é interesantes documentos que hoy deploramos su desaparicion de los archivos y bibliotecas donde se hallaban depositados, merced á los infatigables desvelos, asiduos trabajos y profundos conocimientos de aquellos sábios y venerables monjes. Un decreto dado en Estella en Noviembre de 1307 por el rey D. Luis Hutin, confirmando todas las donaciones y privilegios del Monasterio en favor de los monjes blancos, puso fin á tales disensiones, quedándose estos desde entónces en plena y pacífica posesion de la Abadía y de sus cuantiosas rentas y exenciones; hasta que por medio de la exclausturacion verificada durante la pri-

mera mitad del siglo en que vivimos, la Nación, al par que se incautó de sus inmensas riquezas, daba el golpe de gracia, arrojando nuevamente de sus celdas á los monjes blancos, para lanzarlos definitivamente al azár de la suerte, por cierto nada envidiable, en unos tiempos en que la sed de reformas político-sociales, el fragor de una lucha fratricida y el fanatismo de los partidos desgarraban las entrañas de la madre patria con la más salvaje ferocidad y el más implacable ensañamiento.

V.

Leire como panteon de los reyes de Navarra.

Bocetada que ha sido á grandes pinceladas la que fué Abadía de Leire bajo el punto de vista de su origen y grandezas, resta ahora la consideremos, siquiera á vuela pluma, como panteon de los reyes de Navarra.

El año 1866, la erudita y bien templada pluma de nuestro distinguido patricio, el consejero provincial D. Rafael Gaztelu, dió á luz con gran copia de datos una notable Memoria sobre los reyes de Navarra, cuyos restos mortales se hallaban poco ménos que profanados en lo que fué Monasterio de San Salvador de Leire, con el laudable fin de sacarlos del estado de abandono en que les tenia sumidos la más incalificable indiferencia por parte de la actual generacion, y trasladarlos al panteon real de la Catedral de Pamplona, y poder tributarles en lo sucesivo los homena-

jes de respeto debidos á la alta gerarquía de donde procedian tan venerandos despojos.

En esta monografía, digna de elogio por más de un concepto, puesto que tan visiblemente se ponen de relieve los vastos conocimientos históricos que el referido Sr. Gaztelu posee alusivos al objeto que trata de esclarecer, se deja vislumbrar á todas luces, que si son muchos los obstáculos con que tropiezan los historiadores y bibliógrafos al investigar la época de la fundacion de tan renombrada Abadía, no son menores las dificultades que surgen al intentar averiguar con entera certeza y sin caer en groseros anacronismos, qué reyes fueron los sepelidos en Leire durante el tiempo en que este insigne Monasterio fué considerado por más de un título como panteon real de la monarquía de Navarra.

No debe extrañarnos, pues, ni mucho ménos, que dada la antigüedad en que tuvieron lugar los sucesos, reine la más laberíntica confusion en la narracion de ellos; como no debe sorprendernos tampoco que los hechos de que fueron protagonistas aquellos reyes de bruñida y férrea coraza, calzado de abarca y traje de acerada malla, vengan envueltos en una nube de dudas y de palmarias contradicciones, porque si consideramos un poco, luego nos convenceremos, primero, de que aquellas circunstancias eran más idóneas para empuñar la adarga y manejar la tizona que para esgrimir la pluma y filosofar sobre puntos históricos concretos; segundo, porque refugiadas las ciencias bajo la tosca y humilde cogulla del cenobita, solo en los monges parece se hallaban vinculadas las artes, las letras y demás conocimientos

humanos; y tercero, porque nuestros historiadores al fotografiar aquella época de constante agitacion bélica, al pretender analizar el porqué de los sucesos, se valieron siempre ya de narraciones, por lo general incompletas, muchas de ellas impregnadas de consejas y fábulas absurdas, ya de crónicas mutiladas, de libros apócrifos, de historias truncadas y en general de elementos incapaces de hacer brillar la verdad con toda su refulgente claridad como imperiosamente exige la exactitud de la historia.

¡Qué confusion, qué incertidumbre no se advierte en el orden cronológico, en la sucesion de los reyes navarros pirenaicos desde la proclamacion de García Gimenez hasta García Sanchez V el *Tembloso* ó de las *cuatro manos*! ¡Qué de dudas y dificultades en cuanto se refiere á la exactitud de las fechas y se relaciona con los sobrenombres, por ejemplo, Arista y Abarca!

Sancho Garcés.—*Ximeno Iñiguez.*

Iñigo Arista.—*García Iñiguez.*

Fortuno VIII.—*Sancho Abarca.*

García Sanchez.—*Sancho García.*

Ramiro XIII.—*Andrés, principe.*

Martin Febo, principe.—*Siete reinas.*

Este es el catálogo de los monarcas navarros de que se hace mencion en el susodicho trabajo literario del Sr. Gaztelu; monarcas cuyos hechos esclarecidos son los timbres más preclaros con que se honra la historia del suelo euskaro y á quienes se deben aquellas hazañas que por lo heróicas se confunden con lo

fabuloso y por lo extraordinario frisan en los límites de lo inverosímil. Reyes cuyos nombres simbolizan tiempos verdaderamente épicos, y cuyos enmohecidos esqueletos han permanecido sepultados bajo las antiguas bóvedas del Monasterio de Leire desde los primeros tiempos de la reconquista hasta nuestros dias, siendo considerados con la más religiosa veneracion y respeto por parte de los frailes encargados de su custodia.

Despues de tantos siglos de sepulcral reposo, despues de más de mil años que fueron inhumados con todo el aparato fúnebre de su alta dignidad, el silencio de sus tumbas, el sueño de la muerte, ha sido interrumpido sacrílega y despiadadamente por los bárbaros y descompasados golpes que la piqueta demolidora de una época que tanta gala hace de amor pátrio y entusiasmo por las bellas artes, ha descargado, insensata, contra sus carcomidos féretros, para dejarlos tal vez, y sin tal vez, espárcidos é insepultos entre los escombros de lo que fué su panteon y entre las ruinas del Monasterio más antiguo de Navarra.

Catálogo que concuerda en muchos detalles y se armoniza quizás en todo con el contenido en el *Becerro* ó libro de la Regla de San Salvador de Leire, y cuyo texto copiado literalmente es el siguiente:

“Esta es la tabla de los reyes cuyos cuerpos yacen sepultados en el Monasterio de Leire. Era 705, (año 667), murió el rey Iñigo Garcés, vulgarmente llamado Arista y su esposa D.^a Gimena.”

“Despues de este reinó su hijo Gimeno Iñiguez, cuya esposa fué Munia, y murió en la 775, (año 737).”

“Reinó despues de él 22 años Iñigo Gimenez, y murió en la era 850, (año 812). Esposa de este fué la reina Iñiga, en cuyo tiempo se verificó la traslacion de las santas mártires Nunila y Alodia, de Huesca al Monasterio de Leire.”

"Después reinó su hijo García Iñiguez por espacio de 23 años, y murió en la era 835, (año 797)."

"Después de su muerte vino Fortuño Garcés de Córdoba, y hallándolo muerto en Lumbier, trasladó su cuerpo al Monasterio de Leire y reinó 57 años. Habiendo envejecido se hizo monge en el Monasterio de Leire y reinó en su lugar su hermano Sancho Garcés con su muger la reina D.^a Toda, y concurrieron ámbos á dicho Monasterio para recibir la gracia y bendición de su hermano D. Fortuño, el cual habiéndolos bendecido dió á su hermano Sancho cuatro albenas, (colgaduras de lienzo con caprichosos dibujos) y una cortina, tres cuernos, (cornetas de caza y guerra comun en aquellos tiempos), y espada con vaina, cota de malla con collar de oro, la diadema de su cabeza, escudo y lanza, caballo con brida, freno y silla, dos tiendas y dos cicladas, (vestidura talar de origen griego), y murió dicho D. Sancho Garcés en la era 968, (año 920)."

"Después reinó García Sanchez con su madre la reina Toda, y su muger la reina Gimena, de la que tuvo dos hijos, Sancho y Ramiro, y murió en la era 1035, (año 997)."

"Después reinó el rey Ramiro su hijo y murió sin sucesion."

"Después reinó su hermano Sancho Garcés, con su muger la reina Urraca, y es el que fué llamado vulgarmente Abarca. Tuvo cuatro hijos, García, Ramiro, Gonzalo y Fernando, y dos hijas, Mayor y Gimena, y murió en la era 1058, (año 1020)."

"Después reinó su hijo García con la reina Estefanía su consorte, y murió en la era 1082, (año 1044)."

"Después reinó su hijo Sancho Garcés con su muger Placencia, y murió en la era 1113, (año 1075)."

"Esta es la tabla de los reyes cuyos cuerpos reposan sepultados en este Monasterio."

Hasta aquí el antiquísimo monumento, en el que se encuentran las siguientes notas interlineales:

«Aquí yacen siete hijos y ocho hijas de reyes.»

Y más abajo:

«Aquí yacen 26 caballeros nobles que murieron en la guerra.»

En otro antiguo manuscrito en pergamino, del mismo Monasterio, se encuentra lo siguiente:

"D. Ramiro, hijo del predicho Sancho, murió ántes que su padre en la villa de Apardués, la cual fué una de las donaciones que hizo á Leire el expresado Sancho."

"D. García Sanchez, el Tembloso, hermano del dicho Ramiro, reinó 40 años y murió en la era 1007."

"D. Martín Febo, príncipe de Navarra, murió en Sangüesa y fué sepultado en Leire."

"D. Andrés Febo, príncipe de Viana, murió en la villa de Sangüesa en 1.^o de Enero del año 1503 y fué sepultado en este Monasterio de Leire, en el cual se conservan aun hoy día (tiempo de los monges) los ornamentos de color negro que se hicieron para sus funerales."

Aquí suspendemos el texto del libro *Becerro* por no hacer tan extensa la lectura y porque no enumera más inhumaciones dignas de tenerse en cuenta.

VI.

ALGUNOS RASGOS BIOGRÁFICOS.

Ahora, prescindiendo de cuanto se refiere á las reinas, obispos y caballeros, como así mismo de otra porcion de curiosas noticias que se hallan estampadas en el libro de la Regla para ilustracion de los historiadores, réstanos consignar por último, algunos rasgos biográficos que se destacan de la historia de cada uno de los reyes que fueron sepultados bajo el sagrado techo de San Salvador de Leire, y que hasta cierto punto sirven de recomendacion para que la posteridad respete con justicia su memoria, admire sus proezas y sirvan de modelo á las generaciones futuras en piedad, valor y patriotismo.

SANCHO GARCÉS.

En la memorable batalla de Ocharen, junto á la bardena real, venció al rey Aliatan de Córdoba en

821. En este combate, como en el de Olast, en el reinado anterior, los roncaleses que iban á la vanguardia del ejército navarro, atacando á la morisma con fiera decision y valentía, sembraron el campo de cadáveres y evitaron que Aliatan se enseñorease de los valles del Pirineo. Desde estos dos célebres hechos de armas (Olast y Ocharen); gozan los roncaleses de las grandes inmunidades sobre los pastos de las bardenas reales.

Tambien derrotó en los desfiladeros del Pirineo al ejército franco de Ludovico Pío, causándole pérdidas tan importantes como las de Roncesvalles, pues cayeron prisioneros de los navarros los primeros generales del invasor.

Sancho Garcés falleció hácia el año 825 y hay suposiciones que sus cenizas descansan en Leire.

GIMENO INIGUEZ.

La calma que disfrutó el país durante el tiempo de su reinado, contribuye en nuestro parecer á que muchos analistas duden no solamente que haya ceñido la corona de Navarra sino hasta de su existencia; sin embargo, segun el sentir de algunos ocupó el trono por espacio de diez años; visitó el templo de San Pedro de Usun en busca de su salud quebrantada, y despues de conquistar la ciudad de Ainsa, capital del reino de Sobrarbe, asegura la tradicion se le apareció la cruz del Redentor sobre un árbol y con cuya insignia derrotó al moro Abdelmelik, dando origen con este hecho sobrenatural á la institucion de la fiesta de Santa Cruz de Ainsa.

la extensa cordillera pirenaica sirvieron de refugio á los restos de aquel naufragio que dispersos y jadeantes sobrevivieron á tamaña desgracia; estos montes fueron los que sirvieron de granítica muralla contra el bravío vendabal de la morisma y solo en sus múltiples y angostas concavidades fué donde quedaron guardados los tesoros de la fé cristiana, donde se encastilló el gérmen de la independencian de España y desde donde debian partir en breve los bravos mensajeros de la reconquista nacional.

Castilla tuvo un Covadonga en las verdes y accidentadas montañas de Astúrias; Navarra encontró tambien su Covadonga en las asperezas de la Sierra de Leire; Pelayo fué levantado sobre el pavés y aclamado por sus fieles soldados como heredero y digno sucesor del infortunado amante de Florinda; los navarros, celosos defensores de su hogar y libertad, erigieron igualmente sobre el pavés por su primer rey á D. García Gimenez, Señor de Abárzuza y Amescuas, dando principio con esta eleccion á la monarquía vasco-navarra, á la reconquista de su suelo y á dibujarse en el horizonte del porvenir los primeros albores de la grandeza futura de San Salvador de Leire.

Una vez constituida la monarquía navarra, con la muerte del rey D. García Gimenez, ascendió al nuevo trono su esforzado hijo y legítimo sucesor don Iñigo García Arista (segun Moret y otros historiadores) de feliz memoria en los anales de nuestro nobilísimo país.

Este rey que con sus instintos guerreros y altivez navarra supo derrotar en los inaccesibles des-

filaderos de Roncesvalles, al mismo emperador Cárlo Magno, y desde las empinadas cumbres de Altobiscar hizo morder el polvo á sus fornidas y bárbaras legiones, no pudo tolerar por más tiempo, dadas la piedad y demás virtudes cristianas que atesoraba su hidalgo corazon, que la catedral de Pamplona se viese expuesta con tanta frecuencia como lo habia sido hasta entónces, á ser profanada sacrilegamente, ora por los fanáticos sectarios del islamismo á la sazón enorgullecidos señores de toda la Península ibérica, ora por los ejércitos francos, asáz dispuestos siempre por desgracia á hincar sus armas victoriosas y potentes en los estados de la entónces naciente monarquía de Navarra; y movido de la más ardiente fé é impulsado por su proverbial celo religioso, resolvió trasladar, segun la opinion más generalmente admitida, la Sede episcopal Iruniense, desde las márgenes del Arga, donde la fundara San Fermin allá en los primeros siglos del cristianismo, á los breñosos retiros de Leire, poniéndola con tan sábia y acertada medida al abrigo de ulteriores violaciones y á salvo de nuevos ultrajes tan propios de aquellos tiempos tempestuosos de guerra y exterminio, elevando *ipso facto* la humilde abadía de Leire á la sublime dignidad de catedral y á la egregia categoria de residencia de los prelados de Navarra.

No faltan cronistas que atribuyen la traslacion de la catedral de Pamplona, al rey García Iñiguez, hijo de Gimeno Iñiguez.

Al contemplar Iñigo García Arista la obra que acababa de realizar con beneplácito de su pueblo; al contemplar gozoso aquel oasis de virtud y aquel foco

de saber en medio de tanta desolacion é ignorancia, no tardó en trasladar igualmente á él, siquiera temporalmente, la córte con todo su esplendor, trasformando aquel asilo consagrado á los goces inefables de la vida contemplativa y á la práctica de las más austeras virtudes monásticas, en un centro de agitación y poderío, en un sitio verdaderamente real y en el más firme baluarte de las sacrosantas instituciones á cuya sombra empezaban á desenvolverse el nuevo organismo de la sociedad vasco-navarra y uno de los Estados que más florecieron y más laureles conquistó durante el largo y borrascoso período de la Edad Media.

Tan justificado renombre no pudo ménos de llegar en alas de la fama hasta la córte de los Pontífices romanos, y el poder temporal de éstos, que desde los dias de Gregorio VII, el de la guerra de las Investiduras, siempre iba en progresion ascendente, no tardó en derramar sobre Leire las más singulares gracias y privilegios apostólicos; los reyes todos le prodigaron con profusion favores sin cuento colmándole de donaciones numerosas, sobresaliendo entre todos por su munificencia verdaderamente régia D. Sancho IV el Mayor, quien en 17 de Abril de 1014 otorgó donacion al monasterio que nos ocupa de la villa de San Sebastian en Guipúzcoa, con sus parroquias, conventos, diezmos, primicias, ofrendas y demás derechos; donacion confirmada y acrecentada en 1101 por su sucesor en el trono D. Pedro Ramirez Sanchez con la pardina de Oroztegui y las aguas del Urumea.

En 876 D. García Iñiguez hizo cesion al monasterio de las villas de Lerda y Undues con todos sus

términos y libre de todo derecho real y señorial.

El año 901 D. Fortuño, ántes de abdicar, donó á Leire muchas de las posesiones de su pertenencia.

El día 19 de Marzo de 919 D. Sancho II hallándose en Leire acompañado de la reina hizo donacion entre algunos despojos de guerra, de las villas de Liédena y San Vicente con sus términos y los diezmos de algunos pueblos de Aragon.

En 991 Sancho Abarca cedió á Leire la villa de Apardues y cuanto poseia su hermano el infante don Ramiro en la villa de Navardun.

El año 938 D. García Sanchez le donó muchas villas y lugares.

Tambien se singularizó en esplendidez D. Sancho Ramirez en 1085 con la donacion que hizo á Leire de cuatro monasterios de su real patronato, que fueron, el de Igal, Roncal, Burdaspal y Santa Engracia de Urdax, con todas sus decanias, rentas, valles, montes, privilegios, etc., etc.

En 1113 Alfonso el Batallador, hermano del rey D. Pedro, cedió á Leire por entero el lugar de Arascues con la mitad de un olivar para que con sus productos ardiesen durante la noche ocho lámparas en sufragio de las almas de su padre y hermano.

Los infantes y ricos-homes, los próceres y demás grandes de aquella época de ruda agitacion, dignos émulos de sus piadosos soberanos en desprendimiento, caballeridad y virtud, todos á porfía supieron responder igualmente á los generosos impulsos de sus valerosos corazones, otorgándole toda clase de mandas; y en fin, por no pecar de prolijos hacemos caso omiso de otros mil y mil diplomas y beneficios, pero

no sin dejar de consignar asombrados que, con el trascurso del tiempo fueron tributarios de San Salvador de Leire cincuenta y tres pueblos, y setenta y una iglesias y conventos le pertenecieron en virtud de concesiones reales y particulares.

Los obispos para empuñar el báculo pastoral y poder ejercer su soberanía espiritual en la diócesis de Navarra, era condicion *sine qua non* que procediesen de la comunidad que poblaba los claustros de Leire, privilegio que vino gozando este monasterio en sus abades por espacio de doscientos años, hasta que en 1078 el rey D. Sancho Ramirez, por razones que no estamos en el caso de investigar, se dignó nombrar para ocupar la silla de Pamplona ó Iruñense á su hermano el infante D. García, obispo de Jaca, rompiendo con tal nombramiento, que podríamos calificar de arbitrario, el orden establecido hasta aquella fecha, vulnerando con este procedimiento decretos conciliares de remotos tiempos é iniciando quizás de un modo inconsciente un principio de decadencia que insensiblemente se fué acentuando más y más con la pérdida de la capitalidad eclesiástica, con la restauracion de la catedral de Pamplona y con la fundacion de otros nuevos monasterios y santuarios á medida que los reyes iban ensanchando sus estados y que cual otros jalones marcaban el movimiento progresivo de la reconquista y las nuevas fronteras del reino vasco.

Un acontecimiento en extremo grandioso por la índole que lo motivara, tuvo lugar en Leire el año 842, á la sazón que ocupaba el sόlio de sus mayores D. Iñigo Gimenez; nos referimos á la traslacion de

los cuerpos de las vírgenes Nunila y Alodia, martirizadas en Huesca por Zymael, gobernador de esta ciudad bajo el tiránico poder de Abderraman II.

Acontecimiento que la corte supo revestir con toda solemnidad y aparato que exigía la religiosidad de tan fausto suceso, con acompañamiento de la reina, obispos, ricos-homes, infanzones, caballeros, portaestandartes, reyes de armas, heraldos y una inmensa concurrencia de gente de todas clases y categorías, enriqueciendo el rey al monasterio con tan plausible motivo con los lugares de Yesa y Benasa, y el obispo D. Wilesindo con la mitad de las tercias de la Valdousella, Pintano y Artieda Mianos, y contribuyendo con la adquisicion de tan preciado tesoro á que se arraigase más y más la devocion de navarros y aragoneses hácia un santuario en cuyo recinto se encerraban tan sagradas reliquias y que de dia en dia se veía dilatar la esfera de sus régias prerogativas.

Tampoco debemos pasar en silencio otro acontecimiento que por su extremada magnitud y celebridad dejó grabada una fecha memorable en los anales de esta famosa abadía.

Era la mañana del dia 21 de Octubre del año 1022; una gran muchedumbre discurría bulliciosa por las diversas avenidas que conducen al monasterio; numerosos grupos de navarros y aragoneses, en traje de fiesta pululaban por do quiera entregados á la más grata expansion y por todas partes reinaba el júbilo y la satisfaccion más indescriptibles. Leire se hallaba en plena fiesta, vestía todas sus galas, y el astro que vivificaba y derramaba la alegría sobre todo aquel maremagnum y al rededor del cual giraba

concurso tan festivo y animado, era el rey D. Sancho el Mayor, el de corazon de hierro, el que cual corpulento árbol dinástico, debía cubrir más adelante con sus vigorosas ramas la mayor parte de los estados de España y parte del extranjero, que despues de someter á los leoneses apareció en Leire con el doble motivo de celebrar un concilio y la festividad que anualmente se tributaba en honor de Santa Nunila y Alodia. Funciones ámbas, que el ilustre rey trató de solemnizar con la asistencia de la reina madre D.^a Jimena, la reina consorte D.^a Munia, el infante D. García, que despues sucedió en el trono de Navarra, con el nombre de García Sanchez VI, el de Nájera, el infante D. Ramiro, que más tarde empuñó el cetro de Aragon, el infante D. Fernando que llegó á ceñir la corona de Castilla, y el infante D. Gonzalo, que vino á titularse rey de Sobrarbe y Ribagorza; D. Mancio, obispo de Aragon; D. Sancho, abad de Leire y obispo de Pamplona, Paterno, abad de San Juan de la Peña; Iñigo, abad de San Salvador de Oña; los señores D. Jimeno Garcés, D. Fortuño Sanchez, D. Aznar Fortuñez, D. Fortunio Ossuaz, D. García Fortunez, D. Lopez Sanchez y otros y otros poderosos y renombrados magnates y nobles damas que nos dispensamos enumerar, por no fatigar la atencion de nuestros lectores.

En este Concilio, que tambien algunos historiadores llaman Córtes, tratóse de la restauracion de la catedral de Pamplona, para lo cual, convocó el rey, nuevo Concilio en esta ciudad para 1023; se convino igualmente en todo lo relativo al nombramiento



de los abades de Leire, y por último, se confirmaron todas las gracias, donaciones y preminencias que dispensaba el monasterio por concesiones de los piadosos donatarios que tan generosamente supieron mostrar sus religiosos sentimientos.

IV.

Los Monges negros y los Monges blancos.

Grandes y trascendentales incidentes vinieron á perturbar la paz que gozaba el monasterio de San Salvador de Leire allá por los años 1236; incidentes que empezaron á trasparentarse ostensiblemente en los dias de Sancho VIII el fuerte, y que por fin se realizaron del modo más exabrupto por sugeriones de D. Domingo Mendavia, abad del Cister, en el reinado de Teobaldo I, y bajo el pontificado de Gregorio IX. Aludimos á la expulsion de los monjes negros ó benedictinos, antiguos poseedores del referido monasterio, para sustituirlos por los monjes blancos ó de la orden de San Bernardo, religion de reciente creacion y en la citada época de marcada aceptacion entre los monarcas católicos de los diversos estados de Europa, por su extremada rigidez ascética y fama de su saber y virtud.

Este cambio de decoracion monacal, no pudo realizarse sin conmoverse moralmente hasta en sus cimientos tan vasto edificio; el advenimiento de una nueva congregacion (debido á causas que de nin-

Falleció, segun unos en 836 y segun otros en 860, pero nadie niega que su enterramiento fuese en Leire.

INIGO XIMENEZ.

En su glorioso reinado tuvo lugar la peregrinacion del mártir cordobés San Eulogio por el territorio de Navarra, como así mismo la traslacion á Leire de los sagrados cuerpos de las vírgenes Nunila y Alodia, valiéndose para dar cima á tan comprometida empresa de un tal Auriato, natural de Casares de Lerda, aldea que entónces existia entre Javier y Undués.

Murió en Lumbier en 867 y fué enterrado en el panteon de Leire.

GARCÍA INIGUEZ.

Este rey fué sorprendido en una irrupcion que los moros de Zaragoza hicieron en Navarra por la parte de Aibar; murió en Liédena el año 886 á consecuencia de las heridas que le infirieron en tan sangrienta refriega y sepultado en Lumbier segun la opinion más general, para ser trasladado al poco tiempo á la Abadía de Leire.

No faltan historiadores que aseguran fué en sus dias cuando se instaló la Sede de Pamplona en nuestro Monasterio de Leire.

FORTUÑO GARCÉS II.

Octavo soberano de Navarra, segun la creencia más arraigada entre los cronistas; permaneció en

Córdoba, corte de Abderraman, por espacio de veinte años, para unos en calidad de prisionero y para otros con objeto de curarse la excesiva gordura ó polisar-
cia que padecía, enfermedad que tambien atribuyen varios eruditos á D. Sancho de Leon y de Castilla, sobrino de D. García y refugiado en Pamplona en 959.

El mal estado en que encontró los negocios del reino, sus disgustos é ineptitud para empuñar el cetro y sus inclinaciones más religiosas que guerreras le obligaron á tomar la cogulla de San Benito, no sin abdicar ántes en su hermano D. Sancho y muriendo á los 126 años de edad.

SANCHO II.

Segun afirma la leyenda, hoy desautorizada por completo, fué extraido del vientre de su madre la reina doña Urraca, cuando ésta iba á espirar á consecuencia de una terrible lanzada que recibió en el vientre durante la desgraciada batalla de Aibar. Conquistó á Logroño, Calahorra, Tarazona y otras varias plazas de importancia, extendiendo mucho las fronteras de su reino. Asistió á la desastrosa batalla dada contra los ejércitos de Abderraman entre Muez y Salinas, conocida en la historia por la de Valdejunquera.

Atacado de unas fiebres intermitentes de mal carácter, se retiró á Usun, donde recobró la salud por intercesion del apóstol San Pedro; falleció en 926 despues de veinte años de ocupar el trono y fué enterrado en San Estéban de Monjardin, de donde fue-

ron extraidos sus restos para depositarlos en Leire, segun Garibay.

Tambien se le conoce por Abarca, en atencion á que, cuando desde Gascuña corrió presuroso á salvar á Pamplona, atacada por los sarracenos, calzó abarcas y obligó á que su ejército hiciese lo mismo.

GARCÍA SANCHEZ.

Uno de los héroes que más se distinguieron en la famosa batalla de Simancas; hizo prisioneros en el combate de Cirueña (Búrgos), al conde Fernan Gonzalez de Castilla con sus hijos y los condujo á Pamplona. Despues de reinar cincuenta años, murió en 970, y como su padre inhumado en Monjardin para despues ser trasladado al convento de Leire.

SANCHO III ABARCA.

Este príncipe esclarecido en los anales de Navarra, consiguió poner en precipitada fuga al bizarro Almanzor que acababa de invadir sus estados por la frontera de Castilla y recobró los pueblos de Sansol, Los-Arcos y otros muchos, llevando sus armas victoriosas hasta Montes de Oca; falleció hácia fines de 994 á los 64 años de edad y 24 de reinado; atestigua Garibay que sus cenizas reposan en Leire.

GARCÍA SANCHEZ V.

Llamado el de *las cuatro manos* por su actividad y valor; tambien se le conoce en la historia con el sobrenombre del *Tembloso* por la facilidad con que se

enardecia al entrar en lucha con los infieles. Coaligado con los castellanos y leoneses, derrotó en Calatañazor, cerca de Medinaceli (Soria), al famoso Almanzor, al héroe legendario de los musulimes, al opulento capitán del ejército mahometano, que, después de invertir cuantiosas sumas en guerras de conquista y en construcciones de edificios notables, dejó á su muerte un tesoro calculado en 150 millones de duros.

García el Temblosa dejó de existir en 998; durante las campañas también calzó abarcas y su cuerpo vino á descansar en el Real panteón de Leire.

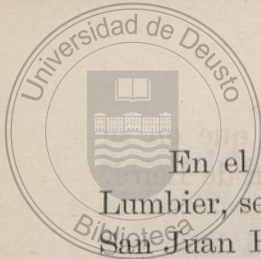
RAMIRO XIII.

Hermano de D. Sancho García, quien le honró con el pomposo y honorífico título de rey de Viguera. Algunos, como sucede en el libro *Becerro*, le confunden con otro Ramiro, hijo de este mismo D. Sancho, que fué enterrado en San Millán. El Ramiro que nos ocupa murió en la villa de Apardues, y su cuerpo fué trasladado á San Salvador de Leire acompañado de un esplendoroso cortejo fúnebre, digno de su eximia extirpe.

Al recordar con la muerte del infante D. Ramiro, rey de Viguera, la villa de Apardues, no podemos menos de consagrar algunos renglones á este pueblo, hoy montón de ruinas y despoblado enclavado entre Tabar y San Vicente en el valle de Urraul-bajo, Indurain, en el valle de Izagaondoa y término de Lumbier, distante de este último punto como unos siete kilómetros al Oeste. Perteneció al referido D. Ramiro, hermano de D. Sancho III Abarca, y á su muerte, D. Sancho con su esposa doña Urraca hizo dona-

ción de él con sus palacios, huertos, viñedos, derechos reales y señoriales al Monasterio de Leire, con la piadosa idea de que los monges rogasen á Dios por el alma de su hermano, como así consta de un instrumento otorgado con fecha á 15 de las calendas de Agosto de la era 1029 que corresponde al día 18 de Julio del año 991.

Posteriormente, debido á las pertinaces é intestinas discordias entre los monges negros y los monges blancos, vino á recaer el señorío de Apardues en las monjas Benitas de San Cristóbal, convento que en aquellos remotos tiempos se levantaba próximo al de Leire; que después en 1450 se trasladó á Lisboa, caserío situado á las inmediaciones de Lumbier, bajo la Peña de San Adrián, con la advocación de la Magdalena, desde donde algunos años después del célebre Concilio de Trento se instaló definitivamente la comunidad en la susodicha villa de Lumbier; y porque cuando se repobló esta en tiempo de D. Sancho el Fuerte y D. Teobaldo I acudieron muchos vecinos de Apardues á residir á ella negándose en consecuencia á pagar la pecha á las monjas pretextando la inmunidad del nuevo suelo, la abadesa en representación de las religiosas que veían vulnerados sus derechos é intereses, elevó querrela ante el jurado nombrado por el rey Teobaldo II, del indigno proceder de los de Apardues, resultando en definitiva la sentencia pronunciada en Pamplona el miércoles antes de Navidad de 1254, que obligaba á los morosos recién empadronados en Lumbier á satisfacer todos los débitos, como lo hacían los demás vecinos de Apardues.



En el altar mayor del convento de monjas de Lumbier, se tributa reverente culto á una imágen de San Juan Bautista, de muy regulares formas esculturales procedente de la Iglesia de Apardues; y años pasados (1866) tuvimos ocasion de descubrir un sepulcro inmediato á las ruinas, junto al camino de Indurain, en el que se encontraba un esqueleto en muy buen estado de conservacion.

Con la desamortizacion del año 1835, este despoblado con todas sus tierras, pasó á ser propiedad de D. C. Mendioroz, vecino de Lumbier.

D. MARTIN FEBO.

Respecto á este príncipe tambien nos ofrecen los historiadores sus dudas y la más flamante contradiccion, pues muchos de ellos le reconocen por Francisco Febo rey XXXV de Navarra.

El P. Moret afirma en sus anales, que hallándose en Pau este jóven monárca á la edad de 16 años, y entusiasta como era cual ninguno por la poesía y la música, el dia 30 de Enero de 1483, despues de comer tomó la flauta, su instrumento favorito, y tan pronto como la acercó á los lábios se sintió violentamente indispuerto hasta el punto de espirar á las dos horas, atribuyendo aquella prematura muerte, unos á la influencia de algun tóxico propinado por sugerencias del Rey Católico D. Fernando V, y otros á la malevolencia del Condestable Conde de Lerin.

Esta muerte acaecida en Pau, como asegura el historiador arriba citado, la ponen otros cronistas en Sangüesa con la misma fecha y rodeada de las mis-

mas y misteriosas circunstancias, por lo que en su virtud, se le créé sepultado en el panteon de Leire.

D. ANDRÉS FEBO.

Príncipe de Viana, hijo y heredero de D. Juan de Labrit, último rey propio de Navarra; su muerte ocurrió en Sangüesa á la temprana edad de 18 meses, el dia 7 de Abril de 1503; con seguridad podemos afirmar que este niño fué enterrado en Leire.

VII.

CONCLUSION.

Aquí damos por terminado nuestro compromiso; á las reiteradas instancias de un amigo que idolatra por las venerandas Ruinas de San Salvador de Leire y que se extasía contemplando sus derruidos muros, hemos correspondido trazando estos desaliñados renglones, sin guiarnos otro norte ni fijarnos en más objetivo que el de conmemorar, siquiera con pálidas tintas, una gloria provincial que la influencia demoladora de los tiempos y el hálito glacial de la indiferencia han venido insensiblemente marchitando con hondo pesar de todos los hijos de este clásico país que aún sienten arder en su noble pecho la llama santa del patriotismo y el elevado sentimiento de veneracion y respeto á la caballerosidad, valor y demás virtudes que tanto resaltaron en nuestros antiguos y piadosos monarcas y que tanto brillo dieran á sus colosales cuanto arriesgadas empresas.

Glorioso monumento, que si bien es verdad dejó

deslizar sus primeras edades bajo la tenebrosa noche de los tiempos bárbaros, más adelante, efecto de las terribles y excepcionales circunstancias que angustiaron al pueblo vasco, se constituyó cual otro Covadonga, en inespugnable baluarte de su libertad é independencia, en Sede pontifical de sus obispos, en Escorial de la corona de Navarra, en escudo tutelar de sus franquicias, en centro de saber y de virtud y en luminosa antorcha destinada á disipar con los vivos resplandores que irradiaban sus severos claustros las densas tinieblas en que quedó sumergida la tierra euskara á consecuencia de la irrupcion de los hijos del desierto. Ahora bien: ¿qué se ha hecho de tanta grandeza? ¿Qué ha quedado de tanta gloria, de tanta riqueza histórica como atesoraron los siglos en Leire?

¿Cómo justificar ante el juicio inexorable de la historia tan incalificable abandono, olvido tan censurable?

Es que el hombre siempre adoleció de las mismas miserias; ora le consideremos individual, ora colectivamente, sufre de vez en cuando sus extravíos mentales, sus aberraciones psíquicas, llámense locura, llámense revolucion, que dan al traste en un momento de eclipse intelectual, de ofuscacion política con aquellas sublimes concepciones que surgieron de su entendimiento cuando este se encontraba plácidamente en la plenitud de su lucidez fisiológica. Exe-
crar hoy para enaltecer mañana; levantar ayer la horrible picota para tributar hoy los honores de la apoteosis; esta ha sido y esta es por desgracia la humanidad, que si la contemplamos á través de los siglos que fueron, siempre los hechos con su irrepro-

chable lenguaje vendrán á concedernos la razon que fatalmente entraña nuestro aserto.

¿No son pruebas de verdadera vesania, no son actos de alienacion social el proceder de que se ha valido la presente generacion para dar fin á tanta riqueza artística, á tantos tesoros históricos, á tantas joyas arquitectónicas como las que lloramos eternamente perdidas?

¿Cómo responderá el siglo XIX, este siglo que tanto blasona de culto, que tanto se envanece con su decantada ilustracion, á las generaciones futuras cuando estas, ávidas de depurar la verdad, y de profundizar los arcanos de la historia le exijan estrecha cuenta de los inimitables frescos, de los ricos mármoles, de los correctos lienzos, de preciosas esculturas y de mil y mil construcciones gótico-bizantinas que la incuria administrativa, el vandalismo de las guerras y el fanatismo político de la época han dejado hundir en los abismos infinitos de la nada y que hoy en vano intenta restaurar é imitar el atrevido genio de nuestros renombrados artistas?

No basta, no, que la administracion pública por medio de pomposos y floridos decretos lanzados desde el olimpo gubernamental, nombre comisiones provinciales destinadas á la conservacion de monumentos históricos y artísticos; no basta que el entusiasmo, la pericia é idoneidad garanticen el personal de estas comisiones; de nada sirve que la de Navarra que tantas pruebas tiene dadas de su acendrado provincialismo se desvele una vez más por la conservacion de magestuosas ruinas y haga concebir las más lisongeras esperanzas á los amantes de la histo-

ria y de las artes; en vano sacrifica un piadoso y celoso sacerdote sus intereses y se afana solícito por levantar sus derruidos murallones, si el Estado sordo á sus repetidas excitaciones, cierra herméticamente las arcas del Tesoro público, privándoles en su virtud de los medios necesarios é indispensables para que estos cuerpos cumplieren la misión que se les tiene encomendada.

Esbeltas y elegantes torres con sus almenas caídas, palacios arruinados, templos abandonados á la inclemencia de los elementos, estatuas y columnas mutiladas y una porción de vetustos edificios, verdaderos vestigios de gran significación histórica, se levantan todavía por todos los ámbitos del solar navarro, como protestando del barbarismo de los hombres y desafiando las injurias de los tiempos, al par que se reflejan en cada uno de sus cincelados pórticos y en las ensortijadas volutas de sus ennegrecidos chapiteles el brillo de nuestro pasado esplendor. Restos todos dignos por más de un concepto á que se les mire con alguna piedad, con marcada predilección, á que se les tienda una mano protectora por los recuerdos que evocan y por las glorias inmarcesibles que simbolizan, pero que entre todos ellos ninguno merece tan preferente atención, si se ha de desagrar la magestad de la historia, como S. Salvador de Leire, porque ninguno alcanza el alto honor de ser el *primum et antiquissimum, jusque regium et præcordiale totius regni mei monasterium*, por las demás razones que se han venido exponiendo en el texto de este pequeño *Recuerdo histórico* y por el incalificable é innecesario olvido en que efecto de las vicisitudes de los tiempos

se han tenido después de la última exclaustación.

En interés del pueblo navarro, está pues, el conservar á todo trance estas huellas monumentales que dejó impresas en su accidentado suelo el númen artístico de nuestros antepasados, porque ellas son sin duda ninguna la mayor garantía, la prueba fehaciente de que no fué tanta su ignorancia y rudeza como se intenta estigmatizar por algunos genios apasionados con detrimento de la verdad de la historia, y abrigamos el grato convencimiento de que mediante un pequeño esfuerzo de parte de nuestro erario provincial, esfuerzo coadyuvado con los auxilios de una suscripción regional en que todos los navarros contribuyan con su pequeño óbolo, con su grano de arena, podría sin gran sacrificio dar cima á la obra de una pequeña restauración, que lo mismo honraría á los ilustres patricios que iniciaran como á todos aquellos que abriendo sus gabetas franqueasen los fondos indispensables para realizar empresa tan laudable, porque como muy gráficamente expresa en un arranque literario saturado del más elevado y puro patriotismo el ilustrado Sr. D. Juan Iturralde Suit en el último párrafo de su extensa y siempre interesante Memoria sobre las ruinas del Palacio real de Olite:

“El pueblo que mira indiferente los monumentos de sus pasadas glorias es indigno de ocupar un lugar en la historia y doblemente criminal cuando el pasado es tan brillante como el del antiguo reino de Navarra.”

“Día llegará en que España lllore y se avergüence de su vandalismo é indiferencia.”

“Quiera Dios que no sea demasiado tarde.”